**Lírica amorosa y figuras del deseo en tres poetas contemporáneos: Blatt,  
López, Bossi**

A pesar del relativo consenso teórico en torno a la agonía del Eros en la contemporaneidad, la poesía, ciertos poemas, regresan a la lírica amorosa entendida como metonimia del deseo (Broda, 2006: 82). Conscientes del carácter inaccesible del objeto, lo nombran y, al nombrarlo, lo desplazan. Una de las formas que toma este desplazamiento es la configuración de un tiempo textual que subraya el *contratiempo* (Derrida, 2003), es decir, la luxación entre la temporalidad objetiva “del mundo” y la experiencia interior del tiempo, entre el deseo de quien enuncia y su objeto.

El objetivo de este trabajo es leer, en tres textos recientes de poetas argentinos (Mariano Blatt, Julián López y Osvaldo Bossi), cómo se inscribe el deseo (homo)erótico en tanto *contratiempo* o *desajuste* de la temporalidad textual*.* El poema “Cuando todavía no había celular”, de Mariano Blatt (*Mi juventud unida*, 2015) figura el deseo de la voz poética por Julián mediante un ida y vuelta entre los sucesivos llamados, siempre frustrados, a su casa y los encuentros con su objeto amoroso, marcados por el ocio y la demora. Desde un pretérito ya anunciado en el título, el poema construye una temporalidad añorada donde el contratiempo, habilitado por la no correspondencia del teléfono fijo, cifra el deseo erótico.

Por su parte, el poema sin título de Julián López (que comienza con el verso “Que no vas a lamentarte…”), publicado en su último libro *Meteoro* (2020), yuxtapone el tiempo lineal, microscópico, de la ingesta de un melón, a la conversación fragmentaria, atemporal, desordenada y repetitiva, entre la voz poética y un otro. Dicha a medias, la conversación retrocede ante el avance de la experiencia gastronómica, pero también configura, por su propio dispositivo, el (des)encuentro amoroso.

Finalmente, el poema “Flash”, de Osvaldo Bossi, publicado en su último libro *Agüita clara* (2020), inscribe el ruego de la voz poética de que llegue un “muchacho” que lo quiera. La enunciación, en un subjuntivo irrealizable, ya no traduce la conversación imposible (Blatt) o frustrada (López) con el objeto amoroso, sino que la desplaza hacia el ruego divino, a tal punto que el amado la posibilidad del amado se desmaterializa y deviene una voz telefónica imaginaria.

El recorrido por estos tres poemas sugiere la pregunta, que trataré de explorar aquí, acerca de qué le hace el amor al tiempo, y qué le hace el tiempo al amor. A modo de hipótesis inicial, intentaré mostrar que la disincronía entre la voz poética y el amado, el sujeto lírico y el tú imaginario, evidenciada en el enunciado, hace del dispositivo amoroso una conversación diferida y posibilita, en última instancia, la escena, también diferida, de la escritura.

**“Cuando todavía no había celular”: contratiempos del amor conjugado en imperfecto**

El poema “Cuando todavía no había celular”, publicado en *Mi juventud unida* (2015), libro inconcluso de Mariano Blatt, es, ante todo, un poema sobre el tiempo y tejido por él. El título no apunta, a simple vista, a ningún elemento del poema sino a sus condiciones de posibilidad: cuando todavía no había celular y el teléfono fijo, atendido por sustitutos, operaba el amor desde el desencuentro. El título, entonces, nos ancla en una temporalidad pretérita, marcada por dos adverbios de tiempo (“cuando”, “todavía”) y un verbo en imperfecto que se sostendrá, tensado con el pretérito perfecto, a lo largo de todo el poema. El pasado reciente (la adolescencia de los ’90, antesala del uso masivo del teléfono celular) se vuelve así un tiempo añorado. Es lícito preguntarse, entonces, por ese pretérito insistente, que nada tiene que ver con el presente de lo cotidiano que se suele atribuir a la poesía de Blatt, y que dibuja, por el contrario, la experiencia atávica, siempre inaccesible, del amor.

El poema, en efecto, construye un tiempo textual casi mítico, separado del presente de la enunciación por la aparición, solo sugerida, del celular. ¿Qué es lo que había antes? –parece preguntarse la voz poética, o más bien: ¿cómo era el vínculo con el otro, en qué coordenadas se inscribía el amor antes de poder rastrear la ubicación del objeto amoroso a toda hora, antes de asegurarse de la recepción correcta del mensaje? Ese antes, ese “todavía no” que construye el poema, a modo de elegía, es, en primer lugar, un tiempo ocioso, el tiempo detenido de “los días de vacaciones que no teníamos nada que hacer” (Blatt, 2015: 192).

Pero ese pretérito ocioso es, asimismo, el tiempo del desencuentro que acoge el deseo erótico. Si los verbos en imperfecto, a lo largo del poema, marcan el transcurrir de un tiempo sin acontecimientos, un tiempo *inútil* (“a cada rato se tiraba viento/ adelantando el labio de abajo (…) pero era inútil”, “y si no, iba callado,/ soplándose el flequillo dorado/ una y otra vez”), los verbos en pretérito perfecto, en lugar de narrar acciones o de figurar el encuentro, introducen el desencuentro, tal como se lee en la primera estrofa que salta directamente, sin mediaciones, a la conversación no correspondida: “Llamé a su casa y atendió la mamá y dijo ‘Hola’,/ y dije: ‘Hola, ¿está Julián?’/ ‘No, Julián salió’./ Y al otro día volví a llamar y otra vez la mamá dijo ‘Hola’;/ ‘Hola, ¿está Julián?’./ ‘No, Julián salió, ¿querés que le deje dicho algo?’” (Blatt, p. 191). Cuando todavía no había celular, el teléfono fijo cifraba el desencuentro amoroso, registraba la ausencia, como vemos en los sucesivos llamados del poema, donde la correspondencia entre la voz poética y Julián casi nunca se da porque la madre, sustituta, pronuncia una y otra vez la misma respuesta: “No, Julián salió”.

Ahora bien: eso que falta, ese algo que se está por escapar, presente al final del poema, no es *Julián* en tanto nombre (y mucho menos en tanto sujeto), sino una correspondencia temporal que, de efectuarse, obturaría el deseo erótico e impediría el surgimiento de la palabra poética. No es casual, entonces, que el único llamado que se corresponde se resuma en un solo verso: “un día llamé a su casa y atendió él” (p. 193). Mientras que el desencuentro se multiplica, se expande sobre la página, se alarga inundando el poema con el nombre del amado, el llamado correspondido, atendido por Julián, ocupa una estrofa de un solo verso, un tiempo abreviado en el que, además, el nombre *Julián* se borra y solo permanece su pronombre. En otras palabras, una vez que Julián atiende, no hay poema; o para que el poema exista y se expanda, para que el amor se tome su tiempo, Julián debe aparecer como tercera persona nombrada del diálogo telefónico, como no-persona o persona que nunca atiende, eco ausente que habita otro tiempo o, como leemos al final del poema: “la poesía, lo que se dice la poesía/ solo es posible cuando te falta algo/ o cuando algo se te está por escapar” (p. 194).

Entre la voz poética y Julián, a lo largo del texto, se establece un contratiempo, tal como señala Derrida a propósito de Romeo y Julieta (2003): una asincronía vivida al mismo tiempo. Como la carta que Romeo nunca recibe, Julián nunca atiende los llamados del yo poético, y viceversa. En cambio, la madre de Julián pregunta reiteradas veces “¿querés que le deje dicho algo?” y el yo poético encuentra, a veces, “al lado del teléfono un papelito que decía/ “te llamó Julián” (p. 193). El teléfono fijo, en última instancia, permite una dislocación temporal pero también abre, como lo acentúa el final del poema, la posibilidad de la escritura. La pregunta “¿está Julián?”, citada varias veces en el texto y reforzada en la lectura oral de Blatt, es una interrogación que abre la escritura poética y la respuesta negativa de la madre, los “no, Julián salió”, habilitan la prolongación del texto.

En su libro *En caso de amor*, la psicoanalista Anne Dufourmantelle señala que el teléfono celular, con su pretensión de comunicación indefinidamente posible, “es la eterna suspensión del deseo, llevado a lo grotesco” (2018: 127). El poema de Blatt, al ubicarse en ese “todavía no” pretérito, ocioso y demorado, configura un dispositivo deseante en la medida en que la voz poética y el objeto amoroso habitan la disincronía. La escritura poética, metarreferenciada al final del poema, toma la forma del llamado telefónico: en constante estado de pregunta, se despliega sobre la ausencia, como ese papelito que, al costado del teléfono, enuncia “te llamó Julián”, registrando en un pasado diferido el nombre del objeto que le escapa.

***“Que no vas a lamentarte”: la conversación diferida del amor***

Si el poema de Blatt registra el lamento, algo irónico, de ese tiempo diferido, previo a la correspondencia del celular y, por ende, a la suspensión del deseo, el poema sin título de Julián López, publicado en su libro *Meteoro* (2020), inicia con la negación del lamento: “que no vas a lamentarte/ por el tiempo perdido/ que no vas a apurar nada/ decís en el medio de la conversación/ cuando el cuchillo se mete/ después de una presión suave/ que parece a punto de zozobrar/ por la resistencia de la cáscara/ pero comienza a deslizarse/ adentro del melón…” (López, 2020: 53). El poema, extenso como el de Blatt, avanza al ritmo de una merienda frutal, interrumpida por fragmentos de una conversación ya comenzada que el yo poético, concentrado en la ingesta del melón, escucha distraído. Dos tiempos, entonces, se instalan: el tiempo de la comida, enunciado en un presente microscópico que avanza, lineal, desde el primer corte del melón hasta el final de la merienda; y el tiempo de la conversación, atemporal, anacrónico, fragmentario, que instala una especie de retrofuturo –“que no vas a lamentarte/ por el tiempo perdido”– y desordena la “medida temporal” de la merienda pero también de la cadena productiva del melón. Como en el poema de Blatt, entonces, la conversación –esta vez, no telefónica– hace diferir los tiempos de la voz poética y de su interlocutor-amado, entre el apuro y el lamento, mientras que la ingesta del melón los hace coincidir en un tiempo compartido: “una medida temporal,/ una medida de la encarnación que compartimos/ una medida que las palabras no comprenden/ que las palabras ni siquiera pueden percibir/ a menos de que salgan de un lugar anterior/ a la boca y lleguen sin prisa y sin demora/ el sitio de lo que se sabe a sí/ de lo que se dice” (López, p. 55).

El poema, entonces, se despliega en un presente del detalle que, como sostiene María Moreno a propósito de una novela del autor, *La ilusión de los mamíferos*, “es propio de la letanía pero también del poeta” (López, 2018). La letanía, en tanto enumeración repetitiva pero también en tanto oración, atraviesa el poema que se construye como una invocación casi religiosa del melón (“entre bocados de fruta que llaman/ al espíritu de la sangre”) y abunda en detalles reiterativos sobre su perfume, su textura y su apariencia. El tiempo enlentecido del poema se despliega, entonces, entre el primer corte del melón, descripto como una herida que atraviesa la cáscara resistente, y el fin de la merienda, esa naturaleza muerta compuesta por los restos, las cáscaras desgajadas de la fruta: “pero tus manos y mis manos chorrean/ el perfume material de esa flor rastrera/ y tenemos la sangre en la punta de la lengua/ y nos miramos a los ojos embebidos/ y hacemos el silencio de las esferas desgajadas/ porque ahora sobrevino la calma/ en el tic tac de esta mesa/ ahora que en la cocina termina la merienda/ hay una quietud fragante” (López, 2020: 55-56).

A diferencia del pretérito de Blatt, entonces, nos encontramos frente a un presente desgajado en segundos que hace durar el poema lo que dura la merienda frutal. Sin embargo, mientras que la voz poética está siendo *devorada* por la experiencia presente, su interlocutor, ese *vos* anónimo, pronuncia palabras que aluden a otro tiempo y que le hacen, además, un tajo al presente: que no se lamenta por el tiempo perdido, dice, que no va a apurar nada, agrega. La conversación, entonces, viene a interrumpir la linealidad narrativa de la merienda e incrusta, en el presente nutricio, un futuro cercano (*no vas a lamentarte*) pero también un pasado (el tiempo perdido) que fraccionan la experiencia. Ahora bien, ¿qué es ese tiempo perdido? ¿A qué alude el lamento? No sabemos, no podemos saberlo. Lo dicho es una fracción de la conversación a la que les lectores no tenemos acceso: la conversación se parte, como el melón, y el cuchillo del poema agujerea la charla dejándonos afuera del cuadro. A diferencia del poema de Blatt, que armaba la escena de la conversación con una serie de verbos del decir, este poema empieza *in media res*, coloca el verbo declarativo recién en el cuarto verso y, mediante el uso del discurso indirecto libre, lo tacha en las citas posteriores: “que no vas a lamentarte por el tiempo/ mientras saco el primer gajo de esta urbe/ que sostengo en la mano” (López, p. 53).

Como se lee en esta cita, lo dicho por el otro se repite una y otra vez, con pequeñas variaciones, y se trenza con las acciones de la voz poética: cortar el melón, sacar un gajo, comerlo. Pero mientras que el ritual de la fruta avanza, lineal, las palabras se cortan, se estancan, se repiten, quedan en la punta de la lengua: “y puede que el melón esté un poco crudo, quiero decirte/ puede que lamentemos/ que sea temprano en la temporada,/ quiero decirte” (p. 54). Ese “quiero decirte”, como el “no, Julián salió”, da cuenta de la conversación imposible. Sobre el tiempo, parece decirnos también este poema, no hay acuerdo: mientras que para uno es demasiado temprano y el melón está crudo, el otro repite, una y otra vez, que no va a apurar nada. Nuevamente, la disincronía se instala en la conversación: reunidos en una experiencia presente que supondría una adecuación amorosa, la voz poética y su objeto amoroso habitan dos temporalidades lingüísticas distintas. La palabra, al instalarse en el lugar del melón –la boca, la punta de la lengua– deshace el tiempo compartido, fragmenta la linealidad, corta el presente y, al no terminar de decirse, instala el erotismo en el medio de la escena: “y tenemos la sangre en la punta de la lengua/ y nos miramos a los ojos embebidos/ y hacemos el silencio de las esferas desgajadas” (p. 55).

***“Flash”: el ruego subjuntivo del amor***

El poema “Flash”, publicado en el último libro de Osvaldo Bossi, *Agüita clara* (2020), dista en su estructura de los poemas comentados: más breve, compuesto por cuatro estrofas de cuatro versos cada uno y con una métrica que por momentos resulta regular (hay muchos dodecasílabos), contiene, en su concisión y su relativa regularidad, ya no una conversación imposible con el objeto amoroso –y entonces, como en los otros poemas, desplegada en la página, reiterada con variaciones– sino un ruego desplazado, dirigido al “Señor”, que en este poema puede aludir a dios, pero que en otros poemas del libro se confunde con el médico, el padre o incluso “Os” mismo.

Así comienza el poema: “que llegue un día, un día, un simple/ muchacho que me quiera. No pido/ más que eso. Ni mares ni estrellas/ ni abismos ni fortunas…” (Bossi, 2020: 21). El ruego pone en escena otra temporalidad: la de lo irrealizable, enunciada en un subjuntivo que se sostendrá a lo largo del poema (“que un día al darme/ vuelta sobre la cama me tope con su/ cuello, o con el dedo gordo de su pie”). La anáfora “que” encabeza las oraciones subordinadas en la medida en que la voz poética tacha, en la mayoría de los casos, el verbo principal (ruego, pido, etc.). En efecto, si en el poema de Blatt había una insistencia en el decir mientras que en el caso de López los verbos declarativos estaban suprimidos, aquí pasamos directamente a la subordinación sin mediaciones, lo cual produce una lejanía aun mayor con el objeto amoroso. Ya no se trata, en efecto, de un pasado elegíaco ni de un retrofuturo fragmentario, sino de una temporalidad subjuntiva, imaginaria. En este “flash”, la voz poética no se detiene en una conversación imposible con un objeto amoroso nombrado, sino que construye un interlocutor sustituto al que le confía su deseo.

A medida que avanza el poema, el objeto se desmaterializa: pasamos del deseo de un “muchacho”, a una fragmentación corporal a través de la sinécdoque (“sonrisa”, “ojos”, “cuello”, “dedo gordo”) para finalmente derivar en la voz: “no pido/ la fantasía de un chico eterno, no… ya no./ Apenas el relámpago de su voz diciéndome/ no sé, cualquier pavada por teléfono” (id.). La voz poética (esa que en otros poemas del libro se reconoce soñadora, poeta) concibe su propio ruego como minoritario, sencillo, “simple”, alejado de “la fantasía de un chico eterno”. La gradación, en efecto, que avanza desde la completud del “muchacho” a la sinécdoque de la “voz”, reconoce los límites del ruego. Sin embargo, detrás de esa falsa modestia se esconde la consciencia de la disincronía, de la *différance*, como dispositivo amoroso: la fantasía de la eternidad se niega tres veces (“no pido”, “no… ya no”) y, en su lugar, aparece el deseo de la voz como un relámpago que diga “cualquier pavada por teléfono”. Como la correspondencia temporal o el presente compartido, la eternidad se niega en pos del “flash”, del instante, del tiempo breve como el texto que produce un desajuste entre la voz del poema y la voz telefónica. Nuevamente, el teléfono aparece como artefacto que desmaterializa el cuerpo idealizado –queda en su lugar, como resto, su voz– y configura un tiempo instantáneo, breve, el tiempo de la conversación. Como en los otros poemas, lo que se dice no es importante, es “cualquier pavada” dicha a medias, a la distancia, fugaz.

**Bibliografía**

Blatt, Mariano (2015). *Mi juventud unida*, Buenos Aires: Mansalva.

Bossi, Osvaldo (2020). *Agüita clara*. Buenos Aires: Gog y Magog.

Broda, Martine (2006). *El amor al nombre. Ensayo sobre el lirismo y la lírica amorosa.* Buenos Aires: Losada.

Derrida, Jacques (2003). « L’aphorisme à contretemps ». *Psyché. Inventions de l’autre II.* Paris: Galilée [pp. 131-144].

Dufourmantelle, Anne (2018). *En caso de amor*. Buenos Aires: Nocturna Editora.

López, Julián (2020). *Meteoro*. Buenos Aires: Random House.